

—Autorizado para ser expuesto en el sitio:
LIMACLARA Y LOS INTELECTUALES MODERNOS.
Sin cargo ni costo alguno para las partes—

Evitar la malnutrición infantil no es suficiente

Por Jorge A. Colombo

Las cifras provistas por el Barómetro de la Deuda Social de la Infancia (UCA) (2012) revelan aspectos adicionales de la complejidad de la deuda social para con un amplio segmento de la comunidad infantil de nuestra sociedad. Revelan también la imperiosa necesidad de que a nivel de los estamentos públicos se tome conciencia de que las condiciones de crianza infantil y de educación durante la adolescencia, impactan sobre la organización temprana de los procesos neurocognitivos y emocionales de las personas. Tales condiciones pueden enriquecer o empobrecer los mecanismos básicos mediante los cuales el ciudadano intentará –o no- acceder a las oportunidades de la vida adulta.

Desde el punto de vista antropológico y neurocientífico la evolución del hombre ha sido caracterizada sobre la base de su construcción social, de su participación en la construcción de la estrategia colectiva para controlar el medioambiente y potenciar la interacción productiva de sus miembros. Todas aquellas condiciones que de alguna manera interfieran con ese proceso de preparar a la persona para una socialización creativa y productiva, conspira contra lo que ha sido el vector fundamental del desarrollo humano. Por ello ignorar, o postergar, la puesta en práctica de todos los medios posibles para permitir el desarrollo óptimo a nivel cerebral y mental constituye

un acto de inmoralidad contraevolutiva –capaz de generar riesgo de minusvalías comparativas.

El sustrato neurobiológico (el cerebro) y el comportamiento son dos dimensiones interactivas que se potencian en un sentido virtuoso –o no-, en el medio social en el cual se desarrollan. Las deficiencias apuntadas en el informe confirman que es “necesario pero no suficiente” combatir el hambre de los niños, hay que proveer además condiciones físicas y emocionales de contención y enriquecimiento del medioambiente en contacto con ellos. A la larga, tales deficiencias contribuyen a la deserción escolar, a la generación de comportamientos socialmente marginales, a la reducción de opciones laborales en la vida adulta. La deuda es doble: con el ciudadano afectado en su óptimo desarrollo y con la comunidad del futuro.

Como fuera advertido en otras oportunidades, la marea de los chicos que se desarrollan en condiciones impropias para el ser humano viene llegando desde que los índices de pobreza –con sus múltiples consecuencias- se dispararon y comenzaron a afectar a la sociedad argentina. Detener su generación y las consecuencias sociales de esa marea llevará esfuerzos adicionales, que no debieran ser postergados ni supeditados a terceras cuestiones. Por razones de solidaridad y de construcción social. Creo que puede ser de interés tener en cuenta tres principios generales, a mi juicio necesarios para cualquier discusión en el que centremos el porvenir de la especie humana, o de nuestra comunidad. Todos ellos de significativo valor evolutivo: uno, la cohesión grupal, la contención social, otro, un ambiente salubre, nutricionalmente adecuado y físicamente estimulante, y el tercero el respeto por la variabilidad individual y comunitaria, por la diferencia.

Desde su borroso origen, el Homo sapiens adoptó una estrategia creativa frente a las necesidades del medio ambiente. Sin ella no hubiera llegado hasta nuestros días. No lo hubiera logrado de no haber satisfecho las exigencias de una prole escasa, bastante inútil por un tiempo prolongado y además exigente. En esta afirmación de lo obvio o conocido posiblemente se encierran sin embargo enseñanzas que aún no hemos asumido, pero que deberíamos asegurarnos de no violarlas, como ocurre hoy en día en numerosas comunidades humanas. Ellas condicionarán nuestro futuro como Nación y como especie. Por otro lado, considerando que las distintas migraciones del Homo desde su partida de África hacia el resto del planeta fueron dando origen a distintas características de las comunidades humanas actuales, surge como conclusión plausible que esa misma variedad racial y cultural fue una apuesta al éxito reproductivo y a la supervivencia de la especie.

Por ello –como lo he remarcado en varias oportunidades- toda acción que contribuya a uniformar culturalmente el planeta, toda acción dirigida a reducir las probabilidades de mantener una oferta variada de posibles alternativas futuras para el desarrollo humano, reducirán las chances de una supervivencia apta y creativa de nuestra especie y por lo tanto

constituye una amenaza a su futuro. Esto, más allá de cualquier consideración primaria basada en principios de solidaridad y humanidad –principios tristemente reemplazados hoy en día por el de mercado. Y en ese sentido, la condición de pobreza tiende por un lado a uniformar las comunidades al forzarlas a funcionar en pos de objetivos básicos o primarios, y por el otro al someterlas a similares riesgos biomédicos en el desarrollo de su potencial cerebral, además de marginarlas de procesos individuales y colectivos enriquecedores. Por lo tanto la condición de pobreza encierra un perjuicio al individuo, a la comunidad y a la especie, esto último al privarla de fuentes potenciales de variabilidad biológica y cultural.

En este contexto, cualquier propuesta puntual (alimentaria, cognitiva, emocional) dirigida a intentar corregir o paliar algún efecto particular de la condición de pobreza, podría ser interpretada como funcional al actual sistema de inequidades. Sin embargo, soy de la opinión que la salida de este sistema sólo podrá darse hacia adelante por la acción de comunidades integradas por individuos que hayan sobrevivido en forma apta al daño cerebral de origen social, que están padeciendo grandes sectores de nuestra comunidad. Por ello es que además de comprometernos a revisar nuestros criterios de organización comunitaria imperantes hoy en día –generadores de pobreza-, también debemos echar mano a todos los instrumentos posibles que ayuden a rescatar a la infancia de nuestro país de esta verdadera amenaza a su futuro, y también al nuestro como comunidad independiente y creativa.

Para ello es necesario generar una cultura acorde en la clase dirigente, además de hacerlo en el resto de la comunidad. Creer que el cambio sólo deben hacerlo los sectores económicamente más desposeídos sería caer en el error de la ciega soberbia de clase. Una propuesta de tal carácter sería equivalente al autoengaño y al fracaso. Pero aquellos instrumentos de acción comunitaria capaz de modificar o interferir con el deterioro individual y colectivo, deben contar con un aval de seriedad de origen y constante monitoreo para evaluar su efecto. Y además aplicarse en la forma más integrada posible entre sí, y en forma duradera. De hecho, no debiera esperarse un cambio real en la situación descrita con la constante aplicación exclusiva de medidas coyunturales y efímeras, de corte asistencialista.

Desde el punto de vista metabólico, es decir del consumo de energía, es oportuno acotar que el tejido cerebral tiene una alta demanda de energía por unidad de peso, aproximadamente 16 veces la del músculo esquelético. Nuestro cerebro adulto utiliza el 20–25% del total de energía que consumimos, más que el 8-10 % de los demás primates y más aún que el 3-5 % de otros mamíferos no primates. Sin embargo, como individuos no consumimos más energía que cualquier otro animal del mismo peso. A nivel infantil la proporción de energía requerida por el cerebro oscila entre el 80–50 % (según la edad) del requerimiento total. De allí la importancia del porcentaje de reservas

corporales de energía –como la grasa corporal, que adquiere altos valores durante el desarrollo postnatal temprano (Leonard y cols., 2003)–. Sin esa reserva de grasa, tanto los riesgos de provisión que significa el paso de la alimentación lactante a la ingesta de sólidos, como de cualquier exigencia, privación o enfermedad intercurrente, aumentaría la probabilidad de impacto sobre la disponibilidad de las ingentes calorías y nutrientes requeridos por el cerebro infantil. De allí el riesgo profundo que significan el bajo peso al nacer, la desnutrición temprana y los reemplazos tempranos e inadecuados de la lactancia materna – aparte de otros beneficios de esta última.

Si se analiza con criterio comparativo la proporción de grasa corporal en distintas especies al momento del nacimiento (Leonard y cols, 2003), se observa que el humano tiene la mayor proporción, lo cual ha sido interpretado como una adaptación de la especie, proveyendo una reserva de energía ante el ingente requerimiento energético inicial del cerebro humano, combinado con el prolongado periodo de invalidez funcional de ese infante. La probabilidad de supervivencia de un individuo depende no sólo de sus características genotípicas y fenotípicas sino también –como en otras especies animales- de la protección que le brinde su comunidad. La característica de la prolongada inmadurez postnatal del Homo sapiens no hubiera posibilitado su supervivencia como especie sin su pertenencia a una comunidad organizada para la contención y el cuidado parental extendido de su limitada prole. Ese prolongado período de desarrollo postnatal -de invalidez primero absoluta y luego relativa-, precisamente permite una fase prolongada de “tallado” social o cultural del cerebro y de la mente. Y menciono a ambos pues está demostrado que ese “tallado cultural” afecta aspectos neurobiológicos vinculados con la formación de circuitos nerviosos y de “camino sinápticos” preferenciales por ejemplo –tanto neo- como paleocorticales vinculados en forma preferencial con lo cognitivo y lo emocional o afectivo, respectivamente-, así como “estados mentales” (ansiedad, depresión, etc.). Desde el punto de vista de la organización del comportamiento, Harlow (1959)

Si bien la malnutrición infantil es una condición que promueve alteraciones variadas en el desarrollo, surge como imprescindible considerar las condiciones de pobreza como interactivas y promotoras de una espiral viciosa. ya había demostrado el impacto de la privación temprana del “modelo” materno sobre el comportamiento infantil en primates no humanos, luego demostrado en distintas circunstancias en la especie humana (guerras, migraciones, catástrofes naturales, etc.). Es decir, las condiciones físicas y afectivas tempranas del medio ambiente postnatal producen cambios significativos en una serie de parámetros biológicos de la organización cerebral. Algunos de estos cambios son más persistentes que otros, pero en general son sensibles a la duración de las condiciones de enriquecimiento o empobrecimiento ambiental durante la edad infantil y la adolescencia. Debo remarcar que en

este caso no me refiero a lo nutricional sino a la oportunidad de interacciones con el entorno físico y emocional que optimicen el desarrollo de los circuitos nerviosos involucrados en los procesos básicos del comportamiento ejecutivo o “inteligente”. El comportamiento llamado “inteligente” se apoya en procesos ejecutivos fundamentales, como la memoria de trabajo (flexibilidad cognitiva), planificación (logro de objetivos), control atencional e inhibición de respuestas impulsivas. El sustrato neurobiológico involucrado en tales procesos incluye regiones de la corteza cerebral prefrontal y otras relacionadas con aferencias sensoriales y de ejecución motora, sensibles a los componentes del medio ambiente (físicos y emocionales) y a los estados y pulsiones del “medio interno” individual –o “autogenerados” si se prefiere, para definir el origen de la variable.

Es esa particular instancia de estimulación o “enriquecimiento” cognitivo la que ha sido implementada en nuestro Programa de intervención pre-escolar, con el objeto de optimizar el rendimiento escolar de chicos en condiciones de riesgo por causas socio económicas (Colombo y Lipina 2005,). Desde ya que la condición multifactorial de la pobreza socioeconómica requiere de programas que tengan en cuenta tal variedad de agentes en juego. Y por ello, nada podrá reemplazar a la medida más profunda que debiera tomarse, esto es, la erradicación de la pobreza y la marginación social. Pero en la medida que se definan y perfeccionen instrumentos para cada una de las dimensiones que conforman el habitat íntimo, próximo y lejano, podremos contar con expectativas favorables para ir corrigiendo o reduciendo el impacto de algunos daños provocados por políticas públicas inadecuadas, mientras se intenta modificar estas últimas. Finalmente, cabe afirmar por lo expuesto que el tradicional énfasis en la instrucción para la lectoescritura no debiera relegar políticas dirigidas a la corrección o prevención de eventuales distorsiones en el desarrollo de procesos básicos del comportamiento ejecutivo. No es suficiente con que se aprenda a leer y escribir.

Es necesario actuar también, en forma programada, sobre los procesos básicos del comportamiento ejecutivo. Y eso se puede hacer casi jugando. Si bien la malnutrición infantil es una condición que promueve alteraciones variadas en el desarrollo, surge como imprescindible considerar las condiciones de pobreza como interactivas y promotoras de un espiral vicioso : la marginalidad, la exposición a tóxicos, a aguas contaminadas, a distintas formas de insalubridad, a la deserción escolar, a escasa estimulación ambiental, falta de cobertura médica y legal adecuadas, y la temida malnutrición, todas ellas deben ser enfrentadas con políticas públicas integradas, comprehensivas, y no con maniobras parciales, fragmentadas e insuficientes. En este sentido, el símbolo de un hogar en condición de pobreza no lo constituye un chico malnutrido, sino un chico desprotegido. Aquellos instrumentos de acción comunitaria capaz de modificar o interferir con el deterioro individual y colectivo, deben contar con un aval de seriedad de origen y constante monitoreo para

evaluar su efecto. Y además aplicarse en la forma más integrada posible entre sí, y en forma duradera.

Publicado en diciembre de 2012 en Revista del ITAEAS -Ciencia & Sociedad-

AUTOR:

—Dr. Jorge A. Colombo. MD, PhD

--Fundación Conectar - Buenos Aires.

-Unidad de Neurobiología Aplicada (UNA) (CEMIC) Argentina

-Investigador Principal del CONICET.

-Director de la UNA y Presidente de Fundación Conectar.

Profesión, Actividad Académica, Actividad Científica

Científico. Médico, Doctor en Medicina (UBA), Investigador Principal (CONICET). Trabajos científicos en neurociencia publicados en revistas especializadas nacionales y extranjeras. Subsidios para investigación, nacionales e internacionales.

Becario : Ford Foundation, Foundation's Fund for Research in Psychiatry (en el Brain Research Institute, U.C.L.A., Los Angeles, USA, 1971-1974).

Profesor Visitante (trabajos en colaboración con instituciones extranjeras): NIH (en Lund, Suecia), A.von Humboldt Foundation (Alemania), DAAD (Alemania) (en Leipzig, Dusseldorf, Hannover, Kiel, Gottingen), INSERM (en Paris, Francia), Royal British Society (en Londres, Inglaterra), Universidad Autónoma (en Madrid, España).

Associate y Full Professor (tenured) en U.S.F. (Florida, U.S.A.) (1977-1987), Profesor Titular (Psicofisiopatología, Facultad de Psicología, U. Belgrano, 1991-1994), Profesor Titular Interino (Neurofisiología, Facultad Psicología, UBA, 1993, 1994).

Director, Unidad de Neurobiología Aplicada (CEMIC), Presidente y Director Científico de Fundación Conectar (para el desarrollo de la neurociencia).

Publicaciones en libros científicos, ensayos:

"Endocrinology of sex", Ed. Leipzig J. Barth, 1974.

"Biorhythms and Human Reproduction". Ed. NY : J. Wiley & Sons, 1974.

"El Cerebro Modular". Ed. U.CAECE, BsAs, 1994.

"Fundamentos de Psicofisiopatología", Ed. F. Conectar, BsAs, 1994

"Bases para un Programa Público de Estimulación Cognitiva Infantil" (con S.Lipina), Ed. Paidós, BsAs, 2005.

"Pobreza y Desarrollo Infantil" (Editor Responsable), Ed.Paidós, BsAs, 2007.

"Poverty and Brain development during childhood" (con S.Lipina), Ed.APA,

USA, 2009. *"¿Somos la Especie Equivocada ?"*, Ed. EUDEBA, Bs.As., 2010. (ensayo)